

# LAS TORTUGAS TAMBIÉN VUELAN

Bahman Ghobadi

Irán-Irak

Mij Film, 2004, 95 minutos

Esta película, a pesar de haber sido aclamada y de triunfar en el Festival de Cannes (2005), demanda un análisis esmerado. Las tortugas también vuelan impone reflexionar sobre el sentido del arte en tiempos en que pululan relatos sin alternativa, con personajes agonistas que sólo padecen una realidad que los aplasta. El espectador o el receptor queda indefenso, demolido por el peso de un tejido que sólo siembra desesperanza.

La propuesta del iraní Ghobadi (1969) participa de estas condiciones en una trama que se sitúa en territorio kurdo-iraní, días antes de que Estados Unidos invadiera Irak. Un grupo de niños huérfanos y mutilados, que conviven en medio de minas antipersonal, esperan el desenlace de los hechos. Incluso alguno vaticina que, contrario a la información que se divulga en la zona, la situación empeorará.

La cinta peca de un sensacionalismo innecesario y olvida la riqueza de mecanismos como la sugerencia: todo es evidente, macabro, obvio. El director se esmera desde la primera escena por dinamitar las defensas de su receptor para manipular su sensibilidad, destruirlo. Ghobadi probablemente disculparía esta actitud arguyendo que simplemente ha ofrecido un testimonio de la realidad que padecen sus coterráneos, pero es inútil e incoherente insuflar tal desazón para obtener reconocimiento tras la fachada de un cine de denuncia.

El arte, y en especial la imagen, cuenta con una fuerza tal que es capaz de dignificar, de enaltecer, de conferir poder decisorio pero,

El tejido vincula dos miradas de la guerra: la de K-Satellite, un adolescente que se esmera por construir una antena parabólica para acceder a las primicias de la invasión, y la de una niña de doce años que carga consigo un bebé con el que mantiene un vínculo contradictorio.

Las imágenes resultan tan deprimentes que el espectador pide clemencia, pero la lente de Ghobadi se mantiene ajena a esta petición. La tensión aumentará minuto a minuto en una historia que sólo admite el descenso hasta desembocar en el infanticidio y el suicidio.

El director cree justificar esta actitud cuando declara que ha intentado suicidarse dos veces y que realidades como ésta, a su juicio, sólo ofrecen la escapatoria de la muerte. Al parecer, una de sus intenciones es contagiar al espectador con estos impulsos de extinción.

al mismo tiempo, de indigestar, causar perplejidad y depresión: la propuesta de Ghobadi engrosa esta oscura cara de la moneda.

Llama la atención el contraste entre esta propuesta y la de directores como Majid Majidi, también iraní, quien enriquece la denuncia sobre la problemática social en su país con detalles que evidencian la ingenuidad, la ternura y la solidaridad de los suyos. Tal vez una de las estrategias para exorcizar el tremendismo de Ghobadi sea, en cambio, acercarse a una propuesta tan poética y magistralmente estructurada como *Los niños del cielo*.

Mónica Montes